

DESDECHAS DE TONTILANDIA

Nada proporciona un placer tan intenso al tontilandés como el des-crédito de su país.

Diarios especiales para uso de los emergados se editan en Cretinópolis sin más objeto práctico que demostrar que Tontilandia es la nación más desdechada de la tierra, que su gobierno es una cáfila de criminales y ladrones y su pueblo una matada de piojosos, sífilíticos y sofistas; que la justicia está vendida; que la policía tiene por misión inventar re-voluciones y torturar inocentes; que el productor no produce, el comercian-te no comercia, el consumidor no consume, el contribuyente no contribuye, el gobierno no gobierna y la ruina más horrenda se cierne sobre el país.

El tontilandés con la módica suma de 20 a 40 centavos ingiere cada mañana, junto con el desayuno este amargo aperitivo y gosa lo increíble.

- ¡Estamos reventados, ¡estamos reventados! dice, frotándose las manos de satisfacción. ~~Lo único sensible~~ es que este descrédito no trascienda lo bastante al exterior.

El sueldo ~~de cada~~ ~~insulto~~ es, en efecto, poder cooperar con su grano de arena - como dicen - al desprestigio nacional.

Así, cuando llega un turista - porque Tontilandia tiene pretensiones de ser un país eminentemente turístico, el primer ciudadano con que topa, se le ofrece de voluntario cicero y lo lleva a visitar el peor conventillo de la localidad.

- ¡Mire la miseria en que vivimos! le lo dice lleno de entusiasmo. Y no es por falta de capitales. ¡No, señor! Tontilandia es una isla riquísima. Solo que el dinero, robado naturalmente, - porque ha de saber Ud. que aquí todos somos ladrones - se gasta en explotar a los menesterosos, alzar el precio de las subsistencias para que la gente no pueda comer, repartir el tifus, etc. Esta pecilga que Ud. ve, obedece a un plan muy bien estudiado para degenerar la raza, ¡y lo vamos consiguiendo!

Si se reúne un congreso internacional, la campaña recrudece. Los de-legados y hasta los funcionarios públicos tontilandeses, de ordinario par-simoniosos e inactivos, desarrollan una intensa actividad para ilustrar a los representantes extranjeros.

- No se dejen ustedes impresionar, les dicen - por las estadísticas. Son pura mentira. Nosotros mismos como empleados, las falseamos. El país está arruinado. Si crean tampoco en las leyes sociales. Son un subterfugio para acabar de matar de hambre a los beneficiados, arrebatándoles lo poquísimo que ganan. Díganlo así, ustedes, en sus respectivos países. Nos interesa mucho que lo sepan.

- Los visitantes no salen de su nombre:- ¿que plan maquinístico tendrá esta gente? se preguntan para su capote.

Es fácil, en realidad, hacer caer los niveles ocultos que pueden llevar a un pueblo a desacreditarse en esa forma.

Pero, no se detienen ahí los esfuerzos de los tontilandeses. Cuando escasean los turistas y huéspedes ilustres a quien impresionar de viva voz con el relato de su decadencia, forman sociedades de desprestigio público que bautizan con nombres terroríficos: "Asociación de Huilidos por la Policía", "Sociedad de Leprosos vagabundos", "Corporación de Asesinados a Mansalva por la Beneficencia", etc.

Estas instituciones a las cuales se ingresa con menos formalidades que a los partidos políticos, reúnen firmas para suscribir sendas notas de protesta y peticiones de amparo a la Sociedad de las Naciones.

Se espera que así la Liga se convenza de que Tontilandia es un país cuya civilización está muy por lo bajo de la cultura etíope y que debe, por lo tanto ser expulsado de su seno.

Naturalmente, estos patrióticos esfuerzos no siempre obtienen éxito.

Hace poco Cretinópolis amaneció de duelo. Los habitantes, con caras de circunstancia, se estrechaban la mano o se abrazaban, entre sollozos contenidos.

- ¿que pasa? preguntó a un pobre señor que se enjugaba los ojos con la manga.

- ¿que pasa? ¿que ha de pasar? me dijo entre dos suspiros. ¡Algo horrible!

- Pero, ¿que?

- Que no somos tan ladrones como cránsas. ¿No leyó usted hace poco en el diario "La Hora" que en la Administración Pública de Tontilandia se se desirandaba al Estado en forma prodigiosa? Pues bien, señor, resulta que como de costumbre, "La Hora" estaba mal informada y hablaba por hablar...

Un técnico ha demostrado con cifras precisas que la suma defraudada era insignificante, apenas un uno por diez mil del monto total de las operaciones. En una palabra, que en Tontilandia, los empleados públicos roban menos que en cualquier país del mundo... ¡Somos los últimos, los últimos. ¡Que van a decir de nosotros en el extranjero!

Y el desdichado señor se largó a llerar a todo trape.

Abril de 1936

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile